

“EL BARCO INMOVIL”

Cuentos de Edgardo Garrido Merino



En la portada del libro de Garrido Merino, dibujo moderno de tonos agradables y líneas simples y armoniosas, insinuase, en el horizonte del mar, un barco a la vela, y a pesar de que está inmóvil, la pequeña embarcación habla de viajes, de inquietudes, de ensueños lejanos. Es un punto de luz, albo y transparente, que se destaca sobre el azul de la superficie marina. Admirándolo y pensando en Garrido Merino, que en estos mismos momentos navega sobre el Atlántico, he creído ver en ese pequeño grabado como un símbolo elocuente del temperamento del autor, porque el alma de Garrido Merino, buen compañero y estimable cuentista, es así: soñadora, inquieta, trashumante.

Desde muy joven, las rutas lejanas parecían llamarlo con signos cariciosos, hasta que un buen día, hace de esto muchos años, se decidió a partir: es decir, inició un viaje que aun no termina y que tal vez no terminará nunca. Acaso su imaginación de artista y su alma de poeta necesitaban de esta constante inquietud, como de un incentivo, poderoso, para los trabajos que va dando la madurez del escritor; porque es preciso considerar a “El Barco Inmóvil” como el primer intento serio de literatura y de arte en la vida de Garrido Merino: yo diría, un descanso en medio de las fatigas y sorpresas de la jornada...

Y es su propia trashumancia la que ayuda a definir su perfil moral e intelectual.

El novelista ha vivido por largo tiempo fuera de su país, en dramática lucha con la existencia cotidiana. Muchas veces, la suerte y el éxito se mostraron esquivos ante sus nobles afanes. Pero el hombre siguió luchando, sin amargaras, con una ilusión menos y una nueva esperanza cada día, recibiendo los golpes adversos del destino con ese mismo gesto de tranquilidad, mezcla de resignación y de optimismo, que todos le reconocemos y admiramos. Jamás una queja llegó hasta sus labios, duramente contraidos en ciertas circunstancias por las enseñanzas y desengaños que engendra el dolor. Esta especie de quietud, de buen ánimo, para afrontar las más contradictorias impresiones, señala el ritmo de todos sus cuentos, un ritmo de belleza serena, melancólica, que a ratos se empaña por su carencia de color.

Luego, los viajes y la permanencia en tierras extrañas han hecho de Garrido Merino un desarraigado, literariamente hablando. No es el suyo el caso de don Alberto Blest Gana, que mientras mayor era su ausencia de nuestras tierras, más nítidas se conservaban en su retina de artista señorial: los paisajes, las costumbres y las almas de este país. La trashumancia de Garrido Merino, viejo infatigable, nómada de profesión, ha hecho perder al escritor moderno todo contacto con la realidad nacional. Por lo menos, ella no aparece en el libro que comentamos.

“El Barco Inmóvil” es una obra agradable, liviana, sumamente entretenida, que yo llamaría de “literatura cosmopolita”. Todos sus personajes, por ejemplo,—y son muchos los hombres y las mujeres que pasan y vuelven a pasar en los veinticinco cuentos que forman el volumen,—dan la sensación de esos viajeros apresurados que entran y salen de un hotel, y ese inmenso hotel es la vida. Algunos se detienen un momento, nos parecen antiguos conocidos que conversan con nosotros después de muchos años de ausencia, refieren una historia triste, de abandono o desencanto, pequeñas tragedias que

siempre terminan con una nota de emoción, y luego se van: por lo general son artistas que hablan de amores y ambiciones distantes o recuerdan, melancólicamente, triunfos ya pasados. Este mismo o parecido resorte es el que mueve a todos los relatos y, sin embargo, déjans leer con creciente interés.

¿Por qué?

Por una razón sencilla y bien explicable: Garrido Merino domina absolutamente la técnica de su oficio, no sólo sabe contar, como en el caso de Manuel Rojas, sino que acierta igualmente en la elección del asunto, que es de ordinario una pequeña anécdota vivida que el autor amplía y convierte en motivo novelesco, diseñando rápidamente los personajes, en toques breves y precisos, y aumentando, de grado en grado, la pequeña dosis de intensidad dramática que emerge de cada narración. Sin saber cómo, sin darse cuenta casi, el lector pasa ágilmente de un cuento a otro y mientras lee, llega a pensar que está conversando con muchas personas a la vez, que él escucha complacido y lo entretienen incondicionalmente. El libro produce, así, una especie de encanto prolongado.

Lo digo por experiencia personal.

Yo he leído “El Barco Inmóvil” en dos viajes de ferrocarril, de ida y vuelta a Cartagena. Durante las seis horas de marcha estuve como abstraído; olvidé todas mis preocupaciones y, lo que es más interesante, me olvidé del calor, del cansancio, del polvo que entraba por las ventanillas del coche, del apretujamiento desagradable de los pasajeros. De tiempo en tiempo, dejaba el libro y me entregaba a curiosar a través de los cristales de mi móvil ventana: el campo chileno surgía de improviso frente a mi como una cinta cinematográfica magníficamente coloreada. Al ver de nuevo las alamedas polvorientas que se diluyen en el horizonte, junto a los potreros verdes, planas y monótonas extensiones salpicadas con oscuras manchas—los animales que allí pastan—recordé al héroe de “El Señor Campesino”, el único cuento en que Garrido Merino evoca asuntos y personajes de la tierra, y los evoca bien. Luego, en el viaje de regreso, se hizo la noche, las sombras envolvieron y ocultaron el paisaje, tenuemente iluminado ahora por la claridad del cielo; entonces creí ver, allá, muy lejos, donde se recorta la masa negruzca de los cerros de la costa, la estampa gris y doliente de Pablo Elizalde, el empedernido jugador. El artista lograba que la emoción y la ilusión se prolongasen indefinidamente. El primer cuento, que da título al libro, es sin duda el más logrado, junto con “El zapato trágico”, bella y original página, a pesar de su excesivo sentimentalismo, en la cual se refiere el triste semi-idilio de una hermosa muchacha, una cojita que pierde toda su gracia al caminar, y “El Cristo que fué árbol”, curiosa narración de tendencia simbólica.

Garrido Merino es el perfecto escritor de “Magazine”, con todas las cualidades literarias, de imaginación y observación, de un verdadero escritor. Su estilo es limpio y ágil y si no brilla mucho por la abundancia o la novedad de sus imágenes, revela en cambio fuerza, consistencia interna, con cierto ritmo periodístico a ratos perdidos, buen movimiento y hasta elegancia de expresión en muchos casos. Romántico y sentimental, Garrido Merino, a pesar de su inquietud viajera, aparece un poco estacionario en trayectoria de escritor: hasta aquí se entre demasado a la revista, una tiranía de la cual es fácil deslizarse. En todo caso, su alma y su gran corazón, jamás amargado por el dolor del propio dolor, se ha enriquecido en gratas disciplinas con una inapreciable: la compresión; ella le ha permitido verse a los otros corazones y recoger de angustia sorda que hay en el fondo de pequeñas tragedias humanas.